

LA FUQUÍA DEL AMOR

La fuquía es una saya magrebina, amplia, muy amplia, que cubre a los hombres desde la base del cuello a los tobillos, dejando los brazos al aire. Prenda del buen tiempo, de los días calurosos que empiezan en primavera y terminan algo más allá del verano. Es, por tanto, muy común barruntar, en una pequeña ciudad mediterránea del lado sur de ese mar, cuerpos masculinos aireándose en su andar bajo la suave, fina y casi transparente tela: sus rayas verticales exhibiendo la masa muscular del varón. Extraordinariamente fácil adivinar las formas que se mueven debajo, pues dado el bochornoso calor y lo poco que los hombres suelen resistirlo, muchos –sobre todo los que están en la fuerza de la edad– optan por no llevar debajo más que el imprescindible slip.

Abdelkader nunca había usado esa prenda delante de su mujer en los tres años que llevaban de casados, a pesar de que muchas veces habían bromeado con la posibilidad de comprar una. Pero he aquí que su hermano mayor, regresado prematuramente de España, gracias a una fulminante expulsión, había dejado una gran bolsa de viaje en la casa, no teniendo mejor sitio a donde llevarla; y cuando ya llevaba la pesada bolsa dos largos meses en un oscuro rincón sin que nadie se hubiera dignado a tocarla, una tarde Abdelkader se dijo que ya era hora de echarle un vistazo a su contenido, anhelando encontrar alguna ropa que fuera de su agrado. Entre camisetas y calcetines apropiados a su uso, sacó una flamante fuquía que colocó descuidadamente sobre el respaldo de una silla. Cuando su mujer pasó por allí, sus vivos y enigmáticos ojos despidieron chispas según descubrían desde lo alto el vertical rayado de grises y blancos en la fresca tela de reconocible forma.

—Pero ¿qué haces que no te la pones?

En la mente de Turía tal saya siempre había obrado un cierto hechizo, una íntima excitación, si a través de la pieza de hilo su mirada fijaba el nítido contorno de unos muslos libres, piernas salvajes, el balanceo de unas nalgas dueñas de su viril movimiento. Pensar que bajo el noble tacto del hilo, bajo él nada más, una tocaría la satinada y caliente piel morena del hombre... Si hubiera podido hacerlo las veces que lo deseó...

Abdelkader sonreía indeciso ante la ocurrencia de su mujer. Nada perdería con probarse la fuquíá; se desabrochó, pues, el pantalón y la camisa, y entró en la vasta tela: su silueta se hizo más grande, había ganado en altura y autoridad. Se entró las manos en los bolsillos laterales, parecía que descubriera que no eran tales bolsillos, sino simplemente dos rajadas para acomodo y descanso de las manos del varón: así como estaba, tensando con sus dedos la tela a ambas caderas, le brotó una risotada espontánea llamando la atención de su mujer sobre la protuberancia que manaba de su centro, cual escabrosos acantilados apretados entre sí formando un conjunto solitario en medio de una atlántica playa desierta.

La satisfacción a la vista de la grata sorpresa irradió en los rasgos del rostro de la hembra, transmutándolos ante la promesa de placer.

–Ven, mete la mano por aquí.

Le obedeció. Él, sacando su mano derecha, le tomó la suya y la introdujo por la ranura; rápidamente las yemas de sus dedos ciegos sintieron la piel de un cuerpo que se le antojó nuevo, de un hombre desconocido: fue tan rápido llegar con ellos al acantilado, palpar su blandura pronta a emitir tímidas gotas de rocío, ir rodeando la masa viperina hasta estrujarla suavemente, reprimiendo las ganas insolentes de estrujarla abiertamente. Una mano de Abdelkader fue entonces al pantalón-pijama de ella, entró por su cin-

tura y se zambulló bajo la parte más estrecha de las bragas hasta abrazar sus dedos el clítoris, cuyo meneo tanto le excitaba a él. En ese voluptuoso vaivén de los dedos de una y otra mano en la blandura más íntima del otro, ella, sintiéndose enteramente invadida por el ajeno, no tardó en gemir sin rubor alguno: obligada voz y grito del éxtasis. Turía se había detenido en su hacer, pero los dedos de él, avariciosos, seguían pasando y pasando su yema allí donde la sensibilidad de la mujer ya se tornaba insostenible, tanto que en una súplica le pidió parar.

Fue allí mismo, de pie, como él la tomó, y con la fuquía levantada, que ella no quería que se la quitase, en la primera oscuridad del día de un pasillo. Sólo un griterío estridente de niñas y niños en los juegos del crepúsculo se colaba desde abajo por la ancha ventana abierta, desde la sosegante y extraña claridad de fuera, que dejaba ver las áridas montañas al enfrente.

Abdelkader tenía un cuerpo grande de bereber, de constitución musculosa. Su incipiente calvicie y sus treinta y tres años parecían de un hombre más adulto, como suele ocurrir a los norteafricanos que han comenzado a faenar en el campo cuando aún no cambiaron los dientes de leche, resbalando los mocos nariz abajo sobre la chiquita chamira blanca. Ni que decir tiene que ni han pisado una escuela, a lo sumo algunos acudieron unos años a la pequeña escuela

coránica de la mezquita rural para aprender a leer de manera rudimentaria el Corán: a fin de volverse a borrar de sus mentes poco después, por falta de práctica. Caso de Abdelkader. Siendo, pues, analfabeto en cualquier idioma del mundo, la prematura madurez de su cuerpo y mirada obedecía a su constante lucha por llevar unos dirhams a la casa y andar pidiendo prestado lo menos posible a conocidos y familiares, que ya tenían bastante con sus propios apuros.

Mientras que Turía –quien le había tocado en matrimonio–, criada en la pequeña ciudad mediterránea, había podido frecuentar la escuela, ejerciendo así un cierto poder sobre él, aunque sólo fuera por el hecho de saber hacer cuentas y tener acceso a la lectura de los enrevesados documentos: licencias, certificados, citaciones, multas, que de vez en cuando hacían su entrada en la casa ante la desconfiada mirada de Abdelkader que, fijando de lejos sus montaraces ojos en el sospechoso papel, acusaba la tristeza salvaje de quien se sabe inexplicablemente ignorante además de pobre.

El rudo hombre, en toda su basteza de cuerpo y alma, sojuzgaba a Turía –seis años más joven–, amando secreta y rabiosamente su enérgico aunque pesado cuerpo: formas carnosas que le inspiraban no pocos atrevimientos.

Recién hubieron terminado de comer otro día un sabroso plato de lentejas solas, Abdelkader se sentó a

fumar descansando en el largo diván que ocupaba toda una pared, bañándole la fuquía la luminosidad cálida del mediodía. Turía, según se movía por la habitación retirando avíos, advirtió la veraniega luz sobre el rayado gris y blanco de la anchurosa saya cual imán que la llamara perversamente a ir tras él. Dio unas zancadas y clavó sus nalgas en el suelo alfombrado, a los vivos pies morenos del marido. Su delicada mano izquierda subió impaciente pliegues arriba hasta posarse sobre el bastidor de tela que guardaba oculto el hermoso molusco enrollado sobre sí mismo. Empujó y apretó tímidamente ahí, no tardando en dominar todos los contornos velados. Sentía el ansia de la excitación abrasándola como un río interno. En las altas mejillas, nariz y barbilla del hombre, transfiguradas, leyó el deseo, lo escuchaba en el sudor de los poros ahora más abiertos.

Arrullada por el dulce mareo de la sobremesa (cuando muchos se echan en lo más oscuro a la siesta), observando el color piel de patata que asomaba entre la ranura lateral, aventuró su mano por ahí, chocó sus dedos en la gratificante carne de la cintura, merodeando por el vientre abajo, demorando la posesión del molusco que ahora barruntaba espigado, cuando el hombre en un arranque violento cogió su cabeza y la internó bajo el faldón de la fuquía. Allí quedó deslumbrada a la fresca umbría que procuraba la penumbrosa tela: aquel territorio de oquedad y carne era

suyo, cueva de hambrienta y solitaria carne al fondo. La punta de sus dedos agarraron la base del tallo musculoso y lo fueron recorriendo en todo su volumen hasta alcanzar la copa húmeda y su cima untosa: aquel miembro, pensó, tenía vida propia, carecía de dueño, cual abandonado al azar para su entretenimiento, o como si el pasarrato del huérfano ser vivo sólo dependiera de su antojo y estímulo, esclavo de su perversión. El resto del cuerpo macho, inerte: la seriedad de sus tensos y sumisos muslos en la sombra débil de la fuquíá, los negros pliegues horizontales del bajo vientre en reposo: pequeño universo expectante de sus quehaceres, recién descubierto a la olvidada tela de un ausente trotamundos hermano mayor.